

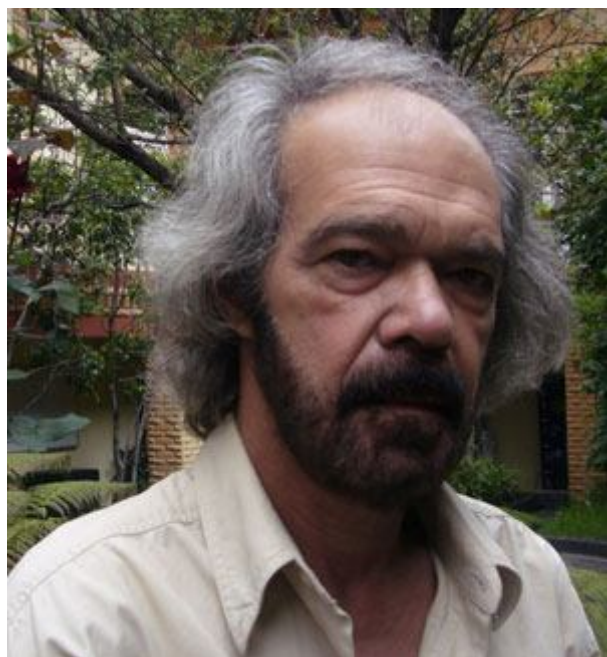
## EL CORAZÓN DEL REY

Félix Luis Viera

Novela

Editorial El barco ebrio, España, 2012

### FÉLIX LUIS VIERA



(Santa Clara, Cuba, 1945). Poeta, cuentista y novelista. Ha publicado los poemarios: *Una melodía sin ton ni son bajo la lluvia* (Premio David de Poesía de la UNEAC, 1976, Ediciones Unión, Cuba), *Prefiero los que cantan* (1988, Ediciones Unión, Cuba), *Cada día muero 24 horas* (1990, Editorial Letras Cubanas), *Y me han dolido los cuchillos* (1991, Editorial Capiro, Cuba), *Poemas de amor y de olvido* (1994, Editorial Capiro, Cuba) y *La patria es una naranja* (Ediciones Iduna, Miami, 2010); los libros de cuento: *Las llamas en el cielo* (1983, Ediciones Unión, Cuba), *En el nombre del hijo* (Premio de la Crítica 1983. Editorial Letras Cubanas. Reedición 1986) y *Precio del amor* (1990, Editorial Letras Cubanas);

las novelas *Con tu vestido blanco* (Premio Nacional de Novela de la UNEAC 1987 y Premio de la Crítica 1988. Ediciones Unión, Cuba), *Serás comunista, pero te quiero* (1995, Ediciones Unión, Cuba), *Un ciervo herido* (Editorial Plaza Mayor, Puerto Rico, 2003), la noveleta *Inglaterra Hernández* (Ediciones Universidad Veracruzana, 1997. Reediciones 2003 y 2005) y *El corazón del Rey* (2010, Innovación Editorial Lagares, México). Actualmente reside en México.

### EL CORAZÓN DEL REY

(Fragmento)

Conocí a Magalí una noche de lluvia de noviembre de 1963. Era sábado y yo había intentado salir hacia el cabaré, pero la llovizna me tenía varado en el portal de la Biblioteca Provincial. Me entretenía en mirar al Parque Vidal, enfrente – que vendría a ser como el parque central de aquella ciudad de Santa Clara–: no más que un notable absurdo que habían rehecho inmediatamente después del triunfo de la Revolución, en 1959; una estupidez rectangular, casi sin sombra ni misterio de parque, que más bien se asemejaba a la peripecia de un diseñador borracho. Como era sábado y llovía, el transporte estaba peor. No había podido ligar ni carro de



alquiler ni guagua que me acercaran al cabaré. Tres veces había corrido hasta la parada de la ruta 2, a unos diez metros a la izquierda del portal de la Biblioteca; las tres en vano: las guaguas venían repletas y otras gentes, que como yo salían bajo la llovizna desde cualquier rincón, también se abalanzaban sin éxito. Durante el día había leído un libro de poemas de un tal César Vallejo, que aún me tenía estremecido; pensaba constantemente en los versos de este libro y, por momentos, sentía deseos, hasta la desesperación, de hallar con quien conversar sobre ellos. El lunes debía cumplir un examen de Estadísticas y no había estudiado nada; me decidí por seguir leyendo los poemas de ese Vallejo. A intervalos, debía mirar hacia la izquierda a ver si por la calle Colón se aproximaba alguna guagua. Esta calle, que como dicen los periodistas de poco cacumen –o sea, tantos– era la arteria principal de la ciudad, en medio de la llovizna aun más parecía sólo un callejón estrecho, salteado de luces, que iba a desembocar en el Parque.

Entonces, desde un rincón, a mi derecha, salió una mujer y miró con fijeza hacia la calle, hacia la llovizna.

En ese momento, por la cuadra frente a nosotros, con toda parsimonia, un carretonero guiaba su vehículo bajo la lluvia; llevaba una linterna que iluminaba de rojo, al parecer amarrada de alguna manera sobre su hombro derecho, cuya luz se proyectaba hacia atrás.

Di los cuatro o cinco pasos que me separaban de la mujer. La saludé, le dije mi nombre y le pregunté que si podíamos conversar hasta que escampara. Yo hasta entonces no la había visto, le dije, me daba por solitario bajo el portal.

“Qué noche tan terrible”, se lamentó la mujer como respondiéndome el saludo y agregó que ella sí había notado mi presencia y aun me había visto correr hacia la parada. No tenía reparos en conversar, dijo.

Luego de unas cuantas frases estrictamente sosas, comencé, con un tono del que no lograba eliminar totalmente la angustia, a despacharle preguntas casi en retahíla. Ella, sin abandonar una mirada lisa, en la que no se podía distinguir nada, ni siquiera neutralidad, fue contestando, pausadamente. Su nombre era Magalí. Había nacido allí en Santa Clara y tenía veintiocho años de edad. Huérfana de padre y madre. Hija única. Divorciada. Trabajaba de asesora literaria en la emisora de radio que se hallaba a veinte metros a la derecha de la Biblioteca –por eso andaba por allí esa noche: debió venir por un imprevisto–, y era además maestra de español y literatura en un preuniversitario. Más bien de estatura baja –aunque esbelta; pequeña en su esbeltez, se podría decir–, tenía los ojos negros, los cuales, al igual que la cara morena, fulgían con algún pase de luz. El cabello liso, negro, semejante al que, según consta en pinturas diseminadas por toda la isla de Cuba, suponen los pintores candorosos que tenían los aborígenes cubanos.

Luego de sus respuestas, ella, como por treinta segundos, dejó sus ojos negros contra mi cara; con la misma mirada insondable. Volvió la vista hacia la calle varias veces. Pensé que no quería seguir conversando. Sí, quiero, pero estoy pensando, respondió.

Entonces, sin dejar de observarme como quien está aquilatando la mirada del otro, preguntó de la misma manera en que yo lo había hecho: en sarta. “Quisiera, por favor, que fueras justo en tus respuestas”, me había pedido antes de iniciar las preguntas y entonces veía en mi cara alguna expresión de confusión: –No te ofendas, es que siento una premonición: es importante que seas diáfano y absoluto –Había aclarado, con una sonrisa a medias, como disculpándose.

A mí quizás hasta me sobraban los hermanos: tres, varones, mayores que yo, los hijos insignias de mis padres, quienes ya estaban jubilados y afirmaban padecer por mis devaneos. Uno de mis hermanos ya se había casado y tenía par de hijos. De

modo que vivíamos nueve personas en un casa que a todo tope, a todo tope, alcanzaría para cinco, en donde yo dormía en la sala en una colombina de la década del treinta, rodeada de libros. Mis hermanos, los tres, eran proclives a las frases hechas: eres la oveja negra de la familia, me decían con suma constancia. Yo estudiaba de noche una carrera horripilante, la única que podía estudiar a esas horas, que se relacionaba con la Administración y se hallaba repleta de guarismos y aberraciones de las ciencias de la economía. Transitaba este calvario porque, así, nadie podría testificarme de vago a totalidad. De día callejeaba, pero, sobre todo, leía, por toneladas –asumía que éste era mi trabajo, no me interesaba hacer alguno de otro tipo. Había nacido hacía dieciocho años en el barrio El Condado; ahora, desde hacía cuatro, vivíamos en el Capiro.

Cuando yo le daba mis respuestas, ella, que la mayor parte del tiempo permanecería recostada a la pared, me miraba sin parpadear, afinando la vista, con la expresión propia de quien está atendiendo a quien le confiesa, no a quien le informa.

–Entonces vives de lo que te da tu familia –Me interrumpió, sin abandonar la misma expresión.

Vacilé.

Me requirió entre sonrisas: –Sin pena, dime.

Aún dudé durante varios segundos:

–Bueno... Te lo voy a confiar: más bien de algunos negocitos por ahí... Sobrevivo a ras de la tierra... Pero no les pido nada a ellos.

Mientras el aguacero se iba pasando hacia la llovizna, supe, aparte de otras reseñas secundarias, que ese nombre sin dudas raro, Magalí, se lo habían creado sus padres, quienes gustaban de las palabras agudas y acentuaron la *i* de Magali, y que a ella también le gustaba ir al cabaré.

Cuando sólo caía una brizna que apenas mojaba, le propuse irnos.

Dejo que me hables y me acompañes porque, ya te lo dije, siento una premonición. Murmuró más bien, ya en camino. Aunque se lo pedí, no me aclaró más.

Al otro lado del Parque podríamos esperar la guagua que cruzaba cerca de su casa. Pero en aquella parada se veía una cola gruesa y larga. Mejor vamos a pie, decidió ella.

Cortando por calles internas, su casa estaría como a veinte cuadras, en la carretera Central, junto a una gasolinera –había detallado–, no tan lejos de la salida de la ciudad en dirección al oriente. Se quejó de que le había sido imposible conseguir un carro de alquiler al terminar su trabajo en la emisora ni había allí algún “compañero” con automóvil que pudiera llevarla. Como todo, los carros de alquiler están cada día más escasos, dije. Entonces me preguntó si yo estaba integrado y no entendí. Me aclaró: integrado a la Revolución, al socialismo, al nuevo proceso social existente en el país. Yo titubeé unos instantes antes de responder: No, creo que no, dije al fin y volví los ojos a otra parte para no sentir su mirada, que, en ese momento, mostró aun más expectación que antes. Nos habíamos detenido en una esquina esperando por el cambio de luz del semáforo. Movié la cabeza, ligeramente, de un lado a otro. Bajó la vista.

La noche se había humedecido. Se sentía un viento leve. Un frío mínimo. De modo que por las anchas aceras de la carretera Central (tal vez las únicas aceras anchas de aquella ciudad de Santa Clara), la poca gente que pasaba iba vestida como si fuese una tarde de agosto. Ella, Magalí, llevaba un vestido azul oscuro, de

tela ligera y con mangas a tres cuartos de brazo. Una de las pocas farolas que subsistían en la Central me indicó algo en lo que no había reparado hasta entonces: sus senos, más que hacia el frente, se orientaban hacia arriba.

-¿Sabes quién es César Vallejo?

-Claro -respondió-. Si saberlo es mi trabajo.

Su voz era levemente opaca, pero de afinación, digamos, perfecta.

-Hoy leí unos poemas suyos, no estaba muy cuerdo ese hombre.

-Así suelen ser los poetas -Y agregó, mientras, sonriendo, señalaba hacia la derecha con un movimiento de la cara-: Eres tan arrestado porque naciste ahí en El Condado.

Allí, a la derecha, al cruzar la Central, estaba el barrio El Condado.

Yo no era tan arrestado -contesté-. Y El Condado sería el barrio más churroso de aquella ciudad, pero también, en mi opinión, el más poético.

Es posible, respondió y me pidió detenernos. Al final de la cuadra que empezábamos se veía la gasolinera. De algunos de los jardincillos que nos quedaban a la izquierda llegaba olor a galán de noche. De nuevo, me miró a los ojos con suma expectación, pero ahora, además, con alguna pizca de angustia, y con algún toque de coerción. Otra vez la piel de su cara morena, sus ojos, su cabello negro, destellaron con las luces de los autos que pasaban. Sólo dijo: "No está bien eso de que no trabajes de día", y reanudó el paso.

Jamás volvería a olvidar el paraguas, exclamó suspirando cuando entrábamos en el portal de su casa. Ya en Cuba casi nadie tiene paraguas, no los venden en ninguna parte -repliqué-. Pero si no lo hubieras olvidado o si abundasen los carros de alquiler, no nos hubiésemos conocido. Le propuse vernos al día siguiente. No era posible -contestó-: debía asistir al "trabajo voluntario" dominical en el campo, a levantar pilas de caña de azúcar, volvería a media tarde, muy agotada. Nos cruzamos quince o veinte palabras de despedida. No me invitó a entrar en la casa. Podría ir a verla cualquier día de la próxima semana, respondió, entre cuatro y siete de la tarde estaba allí de seguro.

Fui el miércoles siguiente, a las cinco de la tarde. Me abrió envuelta en una colcha. Tenía gripe, fiebre. Volvió a la cama, en donde, aclaró, se hallaba cuando yo había llamado a la puerta. De pasada, escruté la sala, la saleta, un sesgo del segundo cuarto. Estaba escuchando una radionovela que asesoro en mi emisora, dijo mientras apagaba el radio, que se hallaba en la mesita de noche que le quedaba más cercana. Me pidió por favor que cerrara herméticamente las hojas y persianas de la ventana del cuarto -que daba al portal-, porque a estas horas ya podría entrar alguna corriente de aire y quizá se resfriara más. ¿Sabría yo manejar el tocadiscos, que estaba allá, al lado del bar portátil en la saleta?, preguntó a seguidas. No sabía, pero fui hacia allí y, guiándome por lo que ella me indicaba, puse el disco que me pidió: uno de larga duración de Los Tres Caballeros que, me sorprendió, empezó a sonar detrás de la cabecera de la cama. Volví a sentarme en la banqueta de la cómoda, que al llegar yo se hallaba en línea con el lateral derecho de la cama, como si me esperara. Miré a sus ojos de fiebre. Le toqué la frente. Como treinta y ocho o más, le dije. Treinta y ocho y medio, respondió señalando a un termómetro que estaba junto al radio. Después de varios minutos intercambiándonos frases de suficiente vacuidad, le recorrí la colcha hasta la mitad del pecho. Comencé a desabrocharle el botón más alto de la bata de casa. Espera -dijo tomándose las manos, que dejó agarradas entre las suyas-. Yo, mucho mejor que tú, sé que es inminente, pero antes quiero saber sobre tu vida amorosa, sexual.

Me turbé durante unos segundos. ¿Por qué querría saber eso justamente ahora? Es un palpito, ya te lo he dicho –contestó–. Por favor, cuéntame, sin pena.

Yo tenía la erección a medias. No, en este momento no, hablar de eso ahora no me sale, sería prematuro, dije.

Ella había pronunciado abriendo la boca apenas y me fijé por primera vez en la solidez que aludían sus dientes, en el blancor que relumbraban aun medio ocultos entre sus labios, más oscuros que el resto de su cara: –Ya te lo he dicho: es una corazonada, una buena

corazonada que me pide saberlo –dijo, mientras, con algo más de intensidad, apretaba mis manos.

Mi vida sexual comenzaba en Majanita, el prostíbulo que se hallaba en la periferia sur de la ciudad, donde las prostitutas cobraban dos pesos. Allí me desfloró una tal Elia y luego me remató Marilú *La Guajira*. Con ellas iba tres y hasta cuatro veces en la semana; todo dependía de cuántos dos pesos pudiese conseguir. Casi siempre marchaba hacia Majanita al atardecer antes de ir a la escuela, o, en ocasiones, cuando terminaba las clases a las once de la noche. También, a veces, cuando ya estaba acostado, me daban las ganas y me lanzaba a una larga travesía en la medianoche. Finalmente, Elia y Marilú fueron mis amigas y las poseía pagando mis dos pesos, pero entonces, de parte de ellas, la acción se llevaba a cabo mediante una especie de ternura maternal. Hasta que a mediados de 1961 se acabó el prostíbulo, mandó cerrarlo el Gobierno revolucionario. Tuve también una novia, oficial, que debía visitar los martes, jueves y domingos, de ocho a diez de la noche. Pero me cansé de verle la cara a la madre, sentada como una cocodrila exactamente delante de nosotros en cada visita y acompañándonos al Parque Vidal y al cine y adondequiera que fuésemos. Le ofrecí disculpas al padre, le dije que no quería seguir. El padre a cada rato andaba pasado de rones y así estaba en esa ocasión. “Mire que usted es maricón, compadre”, me dijo. “Está bien”, le contesté. Luego, afincado en la perseverancia, he logrado andar con algunas de estas santacclareñas que, a un solo golpe de vista, se les nota que resultan sexualmente asequibles; todas, no sé por qué, son de las que se tiñen de rubio con agua oxigenada y llevan peinados de copa alta.

–Eso es todo.

–Gracias –dijo arrellanándose en la cama–. Así siento que debe ser todo esto... Muy transparente.

Ella, sin parpadear, no había quitado sus ojos de los míos mientras yo, vacilando por instantes, me sentía temblar en la medida en que le contaba mi historia.

La boca se me había secado. La erección había desaparecido.

Me pidió que fuera a darle vuelta al disco.

–“Sexualmente asequibles...” “Peinados de copa alta...” –Remedó entre sonrisas, cuando yo me sentaba de nuevo en la banqueta–. Está bueno eso...

Exhaló un suspiro grueso y, mirándome con suficiente dulzura, susurró:

–Avanza ahora.

Le desabroché la bata de casa. Metí las manos por su espalda y le saqué el sostén. Como me había sugerido aquella farola, sus senos apuntaban hacia el techo. Los pezones, más oscuros, de suma redondez, estaban latiendo. La erección me tomó hasta el remate. Me quedé sólo con la camisa. Le quité el blúmer. Me arrodillé en la cama delante de su vientre y le abrí los muslos empujando sus rodillas hacia arriba y hacia los lados, para observarle bien el sexo. La penetré en esa posición y después de que ella cerrara los muslos me dejé caer cuerpo contra cuerpo. Fue muy ambivalente lo que sentí al poseer su cuerpo afiebrado. Los Tres Caballeros iban por *La barca*. Fue un acoplamiento suave, primitivo porque no hubo cambios de posición –siempre ella abajo, yo arriba, mientras libaba con levedad en sus pezones– ni movimientos intensos; yo me había propuesto ser delicado, puesto que estaba enferma. Cuando terminamos, yo ya en pie, ella quedó mirándome el sexo, que ya se me venía abajo. Sonrió.